

El 25 de febrero se reunía la audiencia del Sena bajo la presidencia de su primer presidente Delangle para juzgar á Orsini y á sus tres cómplices. La acusación, redactada y leída por el fiscal general Chaix d' Est-Ange, causó muy poca impresión, pues reproducía hechos ya conocidos. En seguida vinieron los interrogatorios. Gómez, únicamente preocupado con salvar su vida, dió humildes explicaciones y atestiguó su arrepentimiento. «Yo era criado de Orsini, dijo, y obedecí sus órdenes.»

Rudio se disculpó con el temor que le inspiraban sus cómplices y su extremada miseria. «En 1856 y estando en Londres, dijo, me molestó que me supusieran delator pagado por el gobierno francés; por lo cual he debido llegar hasta el extremo, y me he sacrificado por amor propio y por no pasar por traidor.» Como confesara que había recibido dinero de Orsini, el presidente Delangle le dijo: «Perteneceís á una familia distinguida que ha ocupado muy buena posición. Habéis salido voluntariamente de la escuela de cadetes de Milán; habéis huído de trabajar, os habéis comprometido en los movimientos revolucionarios, y de escalón en escalón habéis descendido hasta convertirlos en asesino, asesino mercenario por trescientos treinta francos que os han dado y doce chelines semanales que habían prometido á vuestra mujer.»

Pieri se defendió con una porción de mentiras inverosímiles y declamaciones teatrales que no produjeron ningún efecto.

El único interrogatorio satisfactorio fué el de Orsini. «En el transcurso del año pasado, dijo, Pieri y yo empezamos á hablar del proyecto puesto en ejecución el 14 de enero. Estábamos convencidos de que el medio más seguro de hacer una revolución en Italia era producirla en Francia, y que el medio más seguro de hacer esta revolución en Francia era matar al emperador.» En seguida dió los detalles más precisos sobre los preparativos y la ejecución del atentado. «Yo mismo cargué las bombas en mi cuarto de la calle del Monte Tabor. Tuve que secar pólvora al fuego, reloj y termómetro en mano; si hubiese saltado una chispa, la casa entera habría volado.» Después que el acusado refirió tranquilamente todas las escenas del crimen, entablóse este diálogo entre el presidente Delangle y él:

PRESIDENTE. — En el caso de que hubiera tenido buen éxito vuestro abominable atentado, ¿con qué auxilio contabais en París?

ORSINI. — Yo pensaba: Cuando haya sucedido algo en París, esto derribará tal vez el sistema seguido en Francia con respecto á Italia, y ocasionará sin duda un levantamiento en mi país.

PRESIDENTE. — ¿Y guiado por la esperanza de un levantamiento y para devolver á Italia la libertad de 1849 os habéis convertido en asesino en Francia?

ORSINI. — Quería dar á Italia la independencia; porque sin independencia no hay libertad posible. En tal sentido he escrito á M. de Cavour, pero no me ha contestado.

PRESIDENTE. — Repito que queríais dar á Italia la libertad que tenía en 1849, la libertad de los triunviros con el asesinato y el robo. Y no habéis retrocedido ante los espantosos desastres que debía causar vuestro atentado. Sentaos.

Procedióse en seguida á tomar declaración á los testigos, que no dieron á conocer ningún hecho nuevo.

La segunda y tercera sesiones se celebraron al otro día, 26 de febrero.

El fiscal general M. Chaix d'Est-Ange pronunció una larga requisitoria que terminó de este modo: «Francia y el mundo se han salvado milagrosamente. La Providencia ha protegido al emperador, cuyo valor y confianza no han desarmado el brazo de los asesinos. En el teatro mismo del atentado, en medio de la carnicería, cuando las víctimas estaban tendidas en el empedrado, la muchedumbre prorrumpió en un grito unánime. En breve fué cundiendo esta gran aclamación, aún resuena y las campanadas de los *Te Deum* vibran todavía en nuestros oídos. No hay nadie que no haya comprendido que el mundo estaba salvado.

»Me equivoco y pido perdón por mis palabras. No, los esfuerzos de los asesinos habrían sido impotentes. La Providencia protege al emperador, y aunque le hubiesen tendido á sus pies, no habrían matado con él el orden y las instituciones que ha fundado. Las instituciones subsisten.

»La Francia desolada se habría levantado como un solo hombre en nombre del heredero del trono. El emperador puede morir; pero su raza y su nombre no perecerán.»

Después de esta requisitoria, suspendióse la audiencia veinte minutos.

En seguida se concedió la palabra á M. Julio Favre, abogado de Orsini, el cual empezó así su defensa:

«Señores jurados: Quisiera desviar de mi alma por un momento las dolorosas emociones que la asedian, para tributar un público y sincero testimonio de admiración al orador eminente á quien acabáis de oír. Ha ilustrado largo tiempo nuestro colegio, en que su puesto ha quedado vacío y en el que el recuerdo de su persona será siempre querido y glorioso. Debía difundir gran esplendor sobre las temibles funciones que ha aceptado y que habían de adquirir nueva autoridad del prestigio de su palabra.»

Después de este elogio del antiguo colega nombrado fiscal general del Im-

perio, el abogado republicano procuró representar el atentado como un crimen puramente político: «El verdadero día de la justicia es aquel en que el acusado comparece ante vosotros, dijo; en ese día pronuncia su última palabra, da sus postreras explicaciones, sus justificaciones y su defensa. Oíd, pues, al acusado y decid si sus palabras son palabras de fanfarronería ó de debilidad.»

Grande fué la sorpresa del auditorio cuando Julio Favre añadió: «Mirad, ha dejado su testamento, su ruego, en un escrito dirigido desde su encierro al emperador, escrito que voy á leeros, *después de obtener el permiso del mismo á quien lo ha dirigido*. Dice así:

»A Napoleón III, emperador de los franceses.

»Las declaraciones que he dado contra mí mismo bastan para enviarme á la muerte, y la sufriré sin pedir perdón, tanto porque no me humillaré jamás ante el que ha matado la libertad naciente de mi desgraciada patria, cuanto porque en la situación en que me hallo, la muerte es para mí un beneficio.

»Próximo al fin de mi carrera, quiero sin embargo intentar un postrer esfuerzo para acudir en auxilio de Italia, por cuya independencia he arrostrado hasta hoy todos los peligros y buscado todos los sacrificios. Ella es el objeto de todos mis afectos, y este último pensamiento es el que quiero condensar en las palabras que dirijo á V. M.

»Para mantener el equilibrio actual de Europa, es preciso hacer á Italia independiente, ó remachar las cadenas con las cuales Austria la tiene reducida á la esclavitud. ¿Pido yo para su libertad que los italianos derramen la sangre de los franceses? No, no llego hasta ese extremo. Italia pide que Francia no intervenga contra ella; pide que Francia no permita que Alemania apoye á Austria en las luchas que probablemente se trabarán en breve. Pues bien: esto es precisamente lo que V. M. puede hacer, si quiere. De esta voluntad depende el bienestar ó los males de mi patria, la vida ó la muerte de una nación á la que Europa es en gran parte deudora de su civilización.

»Tal es el ruego que desde mi calabozo me atrevo á dirigir á V. M., no desesperando de que desoiga mi débil voz. Suplico á V. M. que devuelva á mi patria la independencia que sus hijos perdieron en 1849 precisamente por culpa de los franceses.

»Recuerde V. M. que los italianos, entre los cuales estaba mi padre, derramaron gustosos su sangre por Napoleón el Grande, dondequiera que quiso conducirlos; recuerde que le fueron fieles hasta el momento de su caída; recuerde que mientras Italia no sea independiente, la tranquilidad de Europa y la de V. M. serán una quimera. No desoiga V. M. el ruego supremo que le dirige un patriota desde las gradas del patíbulo: dé la libertad á mi patria, y las bendiciones de veinticinco millones de ciudadanos le seguirán en la posteridad.

»Cárcel de Mazás.

»FÉLIX ORSINI.

»11 de febrero de 1858.»

Julio Favre, como orador, tenía algo de trágico: en su elocuencia había algo de extraño y lúgubre. Cuando se oía su voz sombría, grave, patética, se tenía como el presentimiento de que su nombre estaría mezclado con las horas de angustia de nuestra historia. Cuando expresaba ideas siniestras, como en el proceso de Orsini, aquella voz poderosa, entrecortada por una especie de hipo parecido á un sollozo ó al estertor de un agonizante, daba escalofríos. Creíase ya ver elevado el cadalso del reo, del cual pretendía el orador hacer un mártir. Después de leer lo que llamaba el testamento de su cliente, dijo: «Orsini se ha inclinado ante Dios, por haber comprendido que sus decretos condenaban su empresa. Hoy va á morir. Desde el borde de su tumba se dirige á aquel contra el cual no le anima ningún sentimiento de odio, á aquel que puede ser el salvador de su patria, y le dice: — Príncipe, os envanecéis de haber salido de las entrañas del pueblo, del sufragio universal; pues bien, adoptad las ideas de vuestro glorioso predecesor; no deis oídos á los aduladores; sed grande y magnánimo y seréis invulnerable.»

La defensa terminó con estas palabras que la transformaban en una especie de oración fúnebre: «Señores jurados, no tenéis necesidad de las excitaciones del señor fiscal general: cumpliréis vuestro deber sin pasión y sin debilidad. Pero Dios que está sobre nosotros, Dios ante quien comparecen los acusados y sus jueces, Dios que nos juzgará á todos, Dios que medirá la extensión de nuestras faltas, decidirá también de este hombre y le concederá quizás un perdón que los jueces de la tierra habrán creído imposible.»

Tres abogados, Nogent Saint-Laurens, Nicolet y Mathieu, defendieron en seguida á Pieri, Gómez y Rudio. Pronuncióse luego el veredicto, siendo sentenciados Orsini, Pieri y Rudio á la pena de los parricidas, y Gómez á cadena perpetua.

Se ha dicho que Napoleón III quiso perdonar la vida á los tres sentenciados, pero que sus ministros se lo impidieron. Rudio obtuvo sin embargo la conmutación de la pena de muerte por la de cadena perpetua. Se ha supuesto también que el emperador había visto misteriosamente á Orsini en la cárcel; pero nos ha sido imposible comprobar la exactitud de este aserto, que tenemos por poco verosímil. Lo que parece cierto es que el prefecto de policía, M. Pietri, tuvo con el reo una conversación en la cual le reveló las intenciones de Napoleón III relativamente á Italia y lo insensato que sería hacer desaparecer al único hombre que tenía el propósito y el poder de emanciparla.

El 9 de marzo, cuatro días antes de subir al cadalso, Orsini, trasladado á la cárcel de la Roquette, vestíbulo de la guillotina, escribió al emperador otra carta, más solemne aún que la primera. Los sentimientos de simpatía de V. M. hacia Italia, decía en esta epístola fúnebre, son para mí un gran consuelo que me hace más llevadera la muerte. Antes de exhalar el postrer aliento, declaro que el asesinato, sea cualquiera el pretexto con que se encubra, no entra en mis principios, aun cuando, por una fatal aberración, haya organizado el

atentado del 14 de enero. Pero el asesinato no fué jamás mi sistema y le he combatido, con riesgo de mi vida, en mis escritos y en los actos de mi vida política. Sepan mis paisanos, de boca de un patriota próximo á morir, que en lugar de apelar al asesinato, únicamente su desinterés, su abnegación, su unión y su virtud podrán asegurar la independencia de Italia, hacerla libre y digna de la gloria de sus antepasados. Voy á morir tranquilo y no quiero que ninguna mancha mancille mi memoria. En cuanto á las víctimas del 14 de enero, les ofrezco mi sangre en sacrificio, y ruego á los italianos que, cuando recobren su independencia, indemnicen á cuantos hayan padecido. Permítame V. M., al terminar, pedirle la gracia de la vida, no para mí, sino para mis cómplices que han sido sentenciados á muerte.»

La ejecución de Orsini y de Pieri tuvo lugar á las siete de la mañana del 13 de marzo. Hora y media antes, se notificó á los reos que había sido desechado su recurso de casación. Les auxiliaron en sus últimos momentos dos capellanes, el P. Hugón y el P. Rottelet. M. Máximo du Camp, que fué testigo del suceso, lo ha referido al marqués de Laborde. Orsini conservaba su porte de arrogancia elegante. Pieri parecía más bien un hombre del pueblo. Ambos debían sufrir la pena de los parricidas y, como tales, ir al cadalso en camisa, descalzos y con la cabeza tapada con un velo negro. Cuando descalzaron á Pieri, éste dijo: «Si lo hubiera sabido, me habría lavado los pies.» Abriéronse las puertas de la cárcel; el cadalso estaba levantado en la plaza de la Roquette. Los dos italianos subieron los escalones con entereza. La muchedumbre, por lo general vocinglera é innoble en semejantes espectáculos, estuvo aquella vez silenciosa y recogida; parecía reflexionar si aquella ejecución traería consigo grandes acontecimientos. Antes de poner la cabeza bajo la cuchilla de la guillotina, Orsini gritó con voz fuerte y vibrante: «¡Viva Italia!» Tal fué su última palabra.

XXII

EL GENERAL ESPINASSE

El nombramiento de un militar para ministro del Interior y la presentación de una ley draconiana como la de seguridad general demostraron hasta dónde llegaban la turbación y el trastorno que el atentado de Orsini había causado en las esferas oficiales. Desde la explosión de la máquina infernal en tiempo del Consulado y de la de Fieschi en el reinado de Luis Felipe, no se había visto nunca semejante pánico. No parecía sino que el suelo temblaba bajo los pies del emperador y que de pronto se había corrido un velo negro, lleno de sangre, sobre la prosperidad de su reinado. Su corte, tan brillante, tan alegre, estaba como paralizada y trató de precaverse de los peligros de que se creía amenazada apelando á una política de rigores.

El general Espinasse fué nombrado el 7 de febrero de 1858 ministro del Interior en reemplazo de M. Billault y se añadió á su título el de «ministro de Seguridad general.» Este título bastaba para indicar el cometido que se le asignaba.

El general Espinasse tenía cuarenta y dos años. Nacido el 2 de abril de 1815 en Saissac, departamento del Aude, entró en 1833 en la Escuela militar de Saint-Cyr. Después de alcanzar sus primeros grados en Argelia, había mandado en 1849 el 42 de línea cuando el sitio de Roma. El general de Saint-Arnaud, á cuyas órdenes hizo en 1851 la campaña de Kabylia, le llamó á París para tomar parte en el golpe de Estado, y él fué quien, en la noche del 1.º al 2 de diciembre, ocupó con su regimiento el palacio Borbón. General de brigada en 1852, ayudante de campo del emperador, jefe en 1854 de una brigada del ejército de Oriente, alcanzó por su bravura y sus aptitudes militares en Crimea el grado de general de división. Se distinguió especialmente en la batalla de Traktir y en el asalto de Malakoff, y era uno de los generales más jóvenes y brillantes del ejército francés.

La corte exigió al nuevo ministro del Interior que tuviera mano de hierro, sin cubrirsela siquiera con un guante de terciopelo. El emperador le escribió en carta particular: «El cuerpo social está corroído por una plaga de la que es preciso desembarazarse á toda costa. También hay prefectos de los que es menester desembarazarse á pesar de sus protectores. Para ello cuento con vuestro celo.